

Fernando Díaz-Plaja

El español y los siete pecados capitales

Dibujos de Mingote



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1966
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fernando Díaz-Plaja
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-543-4
Depósito legal: 28.524-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo
- 15 Un cuarto de siglo después
- 19 Soberbia
- 145 Avaricia
- 157 Lujuria
- 205 Ira
- 249 Gula
- 267 Envidia
- 311 Pereza
- 345 Resumen y esperanza

*A Guillermo, hermano
y maestro*

Prólogo

La metáfora, no por repetida es menos cierta. Los árboles no dejan ver el bosque. La perspectiva se pierde cuando el detalle abrume. Para comprobar la forma y extensión del conjunto hay que salirse de él, y abarcarlo en su totalidad, preferentemente desde una loma.

Así quise enterarme de lo que es esa difícil, asombrosa, inigualable selva española. Saliendo y viendo fuera otros árboles que hicieran posible la comparación o, dentro de la misma España, explicando a los extranjeros lo que les admiraba y que a mí me chocaba también *después* de haber intentado aclararlo. Es curioso lo poco lógicas que resultan las costumbres familiares cuando uno intenta razonarlas.

Para que este libro naciera se necesitó, pues, distancia, pero distancia física, no moral. El que describa los defectos españoles, no me libra de ellos. Parodiando la clásica frase: «Nada de lo que es español me resulta ajeno», y si

uno de los caminos para encontrar los ejemplos ha sido desojarme hacia fuera, otro, igualmente eficaz, ha consistido en buscar en mi interior. Quien firma no es, pues, un juez: más bien resulta un testigo y, a veces, un cómplice.

Algunas de las características descritas en las páginas que siguen son comunes a los pueblos llamados latinos; otras a todos los europeos; algunas son, simplemente, humanas. No he tratado de disociar las que nos pertenecían por herencia de las que nos han llegado por imitación; no trato de analizar el proceso histórico, sino su resultado.

Resultado que es, sin lugar a dudas, único. La impresionante personalidad española –de la cual se comentan aquí apenas unos matices– asombra a los visitantes y a los pocos españoles que han meditado sobre ello. En todos causa impacto. Durante mis viajes he oído muchos juicios sobre nuestro país y yo justificaba, interiormente, tanto el agrio como el entusiasta. Lo que no podía aceptar era el comentario indiferente. «Odio lo español», «Adoro lo español», son frases contradictorias, pero ambas tienen motivos de ser. El oír: «España no está mal», me desconcertaba, porque España es como un licor fuerte que puede deleitar o repugnar, pero jamás beberse con la indiferencia con que se trasiega un vaso de agua.

Hace muchos años, en 1951, y estando de paso en Londres, charlé con un antiguo conocido, F. J. Mayans, que estaba entonces al frente de la delegación de Turismo española en Inglaterra. «¿Por qué no presentáis el viaje a España como algo único? –le pregunté–. ¿Por qué entre los carteles que aconsejan ir a Francia la Bella,

a Italia la Artista, no colocáis unos que digan: Sí, pero España ¡es diferente!?»

Años después me alegró ver el lema, reducido de palabras, pero con idéntica intención, en todas partes. Sigue siendo cierto. La progresiva unificación del mundo, desde la comida al espectáculo, desde el traje a la moral, no ha podido destruir el baluarte de una España distinta.

Pero ¡cuidado con el adjetivo! Ser diferente no quiere decir –como a veces parece interpretarse– ser mejor. Durante años no hemos hecho otra cosa que alabarnos en el libro, en el periódico, en el cine, en la televisión, en el teatro. Quizá convenga que después de tantos elogios a nuestras virtudes meditemos un poco sobre nuestros pecados...
...especialmente sobre los capitales...

Los siete pecados capitales son los más graves en que pueda incurrir un católico. Me ha parecido que, dada la importancia extrema que esa religión tiene en España, podría ser interesante utilizarlos como piedra de toque, y estudiar la especial reacción de mis compatriotas en cada caso. Porque si es verdad que «católico» quiere decir universal, se engañaría quien creyera que el católico de Burgos o Valencia piensa igual que el de Boston o el holandés ante prohibiciones o mandatos.

Por ejemplo, para la mayoría de los españoles, ya resulta una gran sorpresa que alguien les hable de los Siete Pecados Capitales, porque el español se limita a pensar en uno, el de la Lujuria. La fuerza de su temperamento ha provocado un énfasis mayor en la vigilancia de la Iglesia y esto, a su vez, ha hecho pensar a muchos que se trata del único pecado realmente importante. Poca gente

católica deja de confesarse de él; muchos, en cambio, olvidan decirle al cura que han comido excesivamente (Gula) o que se quedan en la cama después de haber dormido lo necesario (Pereza).

(El autor no distingue jerarquías entre los Pecados Capitales; cuando les concede desigual espacio, es porque así lo hacen los españoles.)

Estas páginas siguen los cauces de los «Pecados», pero de forma muy amplia, pensando más en la costumbre diaria que en la Teología moral. Aparte del gran Pecado Mortal, se analizan lo que podríamos llamar subpecados, que actúan a su sombra. Por ejemplo, con la Soberbia se estudia la vanidad, la presunción, el individualismo... Con la Ira, la crueldad, la dureza de costumbres... Con la Envidia, el resquemor, los celos artísticos, etc., etc.

El lector encontrará, espolvoreados en el texto, varios refranes españoles. El refranero de un pueblo no es, como se ha dicho, muestra de su sabiduría; más bien lo es de sus instintos, a menudo bastante bajos. De todas maneras, tienen importancia, porque un refrán lo es a fuerza de repeticiones; sólo cuando hay muchos de acuerdo con una idea, llega ésta a adquirir la categoría de proverbio y aun cuando aparezca otro refrán que diga lo contrario, el primero queda como muestra de un sentir y como tal tenemos que tomarlo en cuenta..., aunque se trate de un mal sentir...

De Santa Bárbara en California,
Primavera de 1966

Un cuarto de siglo después

¿Y qué decir ahora cuando los veinticinco años de vida de este libro corresponden al número de ediciones? Que también ha subido en la misma proporción mi alegría y mi agradecimiento a los lectores que han hecho posible lo que sigo considerando un pequeño milagro: que un libro criticando a una sociedad, a veces con cierta dureza, haya obtenido el aplauso de esa misma sociedad que ha dado con ello una gran lección de señorío. Quien sabe sonreírse de sus propios defectos está ya en el camino de corregirlos.

Tengo ahora, cuando escribo estas líneas, más de noventa libros publicados; pero para la mayoría de los españoles que leen, sólo existe uno, que es éste; obra que se ha unido tanto a mi persona, que ha resultado incluso como un apellido más. Es habitual que al presentarme...

—¿Conoces a Fernando Díaz-Plaja?...

... Interrumpan:

—¿El de los Pecados Capitales?

En entrevistas periodísticas me han hecho muchas veces la pregunta de si eso me molestaba. Si no encuentro triste que recuerden ese libro y olviden otros quizá de mayor trabajo y de más altos vuelos intelectuales. Contesto siempre que no. Que evidentemente me pongo más contento cuando mencionan *Otra historia de España* o *La sociedad española*, mis dos obras favoritas, pero comprendo muy bien que esos textos especializados no puedan tener la «audiencia», como ahora se dice, del que habla de nuestros problemas. Quizá mi escepticismo ante el papel del escritor sea tan grande que en vez de parecerme mal que sepan de mí por ese libro, me parece bien que me conozcan, por el que sea. Y mucho más cuando, como en este caso, el comprobar la relación de la obra y el autor está casi siempre unido a un guiño afectuoso, un guiño de complicidad, como si el lector y yo estuviéramos unidos por un malicioso secreto compartido.

No quiero imitar a esos actores que cuando les elogian el trabajo realizado en una comedia casi se ofenden...

—Eso no es nada. ¡Si me viera usted en *Hamlet*!

Yo no aspiro a que me vean en *Hamlet*, que en mi caso sería *La Historia de España en sus documentos* o *Francófilos y Germanófilos*. Me basta y complace que me vean, me lean, en los Pecados Capitales.

De nuevo manifiesto mi emoción por ello al público español y al hispanoamericano: al hombre o a la mujer de Santiago de Compostela o de Chile, de la Córdoba argentina y de la española, de la Guadalajara castellana o de la mexicana, del San Salvador tarraconense o de la ca-

pital centroamericana. A todos les doy rendidamente las gracias por leerme... y por creerme.

La llegada al país de la Democracia me ha obligado a poner al día algunos capítulos... No creo que el español haya cambiado fundamentalmente, pero parece claro que ahora puede mostrar de forma más abierta sus pecados... y sus virtudes.

Madrid, 1992

Soberbia



La soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera [...]. Topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióle tan de su genio que se perpetuó en ella. Allí vive y allí reina con todas sus aliadas: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del Don Diego y «vengo de los godos», el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío con todo género de presunción y todo esto desde el más noble hasta el más plebeyo.

Baltasar Gracián. *El criticón*, Crisi XIII (s. XVII).

Si alguna vez os vienen ganas de salir de la Europa moral sin pasar empero las fronteras de la Europa geográfica, venid a España. ¡Oh, Dios mío! Dicen que los reyes se van, pero eso no es verdad; aquí tenemos a vuestras órdenes y a las de todos en general quince millones de reyes.

Donoso Cortés. «Carta a Luis Veuillot», 22-III-1849. *Obras completas*, 2-633 (s. XIX).

Humildad rebuscada no es humilde y lo más verdaderamente humilde en quien se crea superior a otros es confesarlo; si por ello le motejan de Soberbia, sobrellevarlo tranquilamente [...], la más fina, la más sencilla humildad es no cuidarse en ser tenido por nada, ni por humilde ni por soberbio y seguir cada uno su camino, dejando que ladren los perros que al paso nos salgan y mostrándose tal cual es, sin recelo ni habladurías.

Miguel de Unamuno. «Sobre la Soberbia», *Obras selectas*. Madrid, 1960, p. 238 (s. XX).

Nobleza

Quizá sea la Soberbia la clave de la actitud española ante la sociedad. Esa Soberbia que permite al humilde hablar de que «no le da la real gana»...

Es muy posible que esa Soberbia sea, como piensa Américo Castro, herencia de una característica judía o árabe, que para el caso de un «pueblo elegido» es lo mismo. El tremendo orgullo del pueblo español, que tanto impresiona al forastero («aquí todos se creen hidalgos»), se fija en la curiosa jerarquía de valores que la España del XVI proyectó y ha llegado fácilmente hasta nuestros días.

Con la introducción de esta no muy antigua ocupación se ha comenzado a usar que si un criado compra un real de fruta ha de dar medio al esportillero que se la lleva, vanidad y gasto sólo admitido en la corte de España. (M. Fernández

de Navarrete, *Conversación de monarquías*, edición 1926, Discurso XXVI.)

Una marcadísima escala social provee a cada uno de los españoles con un inferior, al que hacer sentir la propia autoridad y ante el que sentirse jefe. Del mayordomo al mozo de limpieza, del cocinero al pinche, del general al soldado, hay siempre alguien a quien ordenar con la misma voz de ronco mando que ha oído antes en sus propios oídos, alguien en quien satisfacer esa ansia de poder que todos llevamos dentro. El más modesto empleado ve literalmente a sus pies al limpiabotas, y esos muchachos que se arrodillan a dar lustre al zapato tienen siempre la benevolente simpatía del cliente; ahí es nada mirar a alguien de arriba abajo, verle entretejer su operación con sonrisas amables ante el chiste de uno y agradecer desde esa profundidad la propina dada con largueza; largueza fácilmente soportable para la economía de tan amplio margen como la española, en que todavía se habla de pesetas y de millones en el mismo tono de voz.

¿Y cuando se llega al final de la escala? Queda el mendigo, a quien el soldado, incluso con su minúscula paga, puede regalar el tabaco que a él le cuesta menos o el pedazo de pan que le dan gratis. Este pobre, que si ha desaparecido de muchas calles españolas ha sido por iniciativa de la autoridad, celosa de mantener una imagen perfecta de la ciudad con vistas al extranjero, no porque el español como tal se impusiera la obligación de acabar con la mendicidad. Y aún hoy, cuando un guardia arresta a alguien al margen de la sociedad, el murmullo de la gente manifiesta la simpatía del público hacia el arresta-

do y en contra del agente de la autoridad. Es en vano que ésta pruebe eficazmente que el detenido es un pícaro sin ganas de trabajar. En primer lugar, esta acusación no tiene valor en España. En segundo, la existencia del mendigo, alguien a quien dar, es esencial para la seguridad interna del español.

No regateo con ello el carácter compasivo de nuestro pueblo. Pero en esto como en otras muchas cosas, el español reacciona ante lo visible e inmediato mientras parece ignorar lo que conoce, pero no es palpable. Por ejemplo, en la católica España ha habido, en los últimos años, casos de miseria espantosa en los conventos de monjas, revelados a veces en la prensa, pero olvidados con la misma facilidad por quienes podían ayudarlas mensualmente. Porque a las monjas de clausura no se las ve ni se las oye por la calle, y el español tiene a menudo reacciones de Polaroid, impresionándose en un minuto y olvidándose luego de lo que ve. A pocos ricos españoles, por ejemplo, se les ocurre mandar ropa o dinero al desgraciado de Somalia o la India. Para el español, todo es instantáneo, y hay pocos países en que se piense menos en el futuro. «Lo que sea, sonará.» «Dentro de cien años, todos calvos.» El «Qué largo me lo fiáis», de Don Juan, en suma.

«Lo que al pobre das,
Dios con creces te lo pagará.»

Al llegar al mendigo parece que hemos dado en el fondo. ¿Ante quién puede ése manifestar su primacía? En primer lugar, ante el mismo de quien recibe la limosna. Es